

SERMON.

LA FE SIN LAS OBRAS NO ES BASTANTE PARA SALVARNOS.

PARA EL LÚNES DESPUES DE LA DOMINICA CUARTA
DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

*Multi crediderunt in nomine ejus, videntes signa ejus quæ faciebat.
Ipse autem Jesus non credebat semetipsum eis, eo quod ipse nosset omnes.*

Muchos creyeron en su nombre al ver los prodigios que hacia; pero Jesus no les creía á ellos, porque los conocia.

S. Juan, c. 2 v. 23 y 24.

Demos gracias á Dios, decia el Apóstol escribiendo á los colosenses (1), porque nos ha hecho participantes de la suerte de los santos, ilustrándonos con la resplandeciente antorcha de la Fe, librándonos de la potestad de las tinieblas, y trasladándonos al reino de su amado Hijo, por quien tenemos la redencion y el perdón de los pecados. Oscurecido nuestro entendimiento con la ignorancia, debilitado con la enfermedad el libre albedrío, combatida siempre la voluntad por la rebelion de las pasiones, y oprimida nuestra alma con la maldicion que atrajo sobre nosotros el pecado, nunca hubiéramos llegado á encontrar la verdad amable; seríamos á cada paso vencidos de la tentacion, y hubiéramos llegado á parar sin remedio á los eternos suplicios del infierno, si el Dios de las misericordias no hubiera

(1) En la pág. 372 del tomo segundo de los sermones de *Mision* hay uno de Massillon para este mismo dia, sobre la murmuracion.

(1) *Coloss. c. 1. v. 12, 13 et 14.*

escogido para sí algunos de tantos como gemian bajo la esclavitud de la culpa, dándoles su propio Hijo. ¡Felices los pueblos que han recibido un favor tan inestimable! ¡Dichosos los hombres que han tenido la fortuna de conocer y adorar al Redentor! ¡Muy mas felices nosotros que apenas nacimos, cuando, reengendrados con las aguas del santo bautismo, nos hallámos sin conocerlo imbuídos en su fe, agregados á su Iglesia, hechos verdaderos cristianos!

Pero aquí es de notar, que estos mismos beneficios nos imponen ciertas obligaciones. El hombre ántes de bautizarse es dueño de sí mismo, tiene derecho á disponer de su persona, está en libertad para servir á quien le acomode; mas luego que es bautizado, pierde la libertad, el derecho, el dominio de sí mismo, trasladándolo á Jesucristo, bajo cuyas banderas se alista. Por eso ántes de ser admitidos á este sacramento, tenemos que hacerle el sacrificio de cuanto hay en nosotros, prestando juramento de amarle sobre todas las cosas, que es la primera condicion que exige de nosotros. Le ofrecemos igualmente con promesa jurada una amistad, una alianza eterna, declarándonos amigos de los que le aman, y enemigos de los que le odian. Juramos aborrecer el mundo, huir de sus pompas, contradecir á los hombres mundanos, á aquellos que ponen su principal cuidado en los bienes caducos y groseros de la tierra, á aquellos que aman la vida con demasiado ahinco, y temen la muerte como el mayor de los males; juramos aborrecer nuestra carne, castigándola, negándole los gustos que nos pide; desterrar de nosotros la molicie y delicadeza como unos vicios infames; mortificar los sentidos, privándoles todo lo que de algun modo agrada y deleita; aborrecer la soberbia, que reconoce á Satanás por modelo; la mentira, que le tiene por padre; las enemistades, de quienes es artífice; la vanidad, el juego, el baile, el deleite, que le consideran como su inventor. El Señor en premio de estos sacrificios, de estas promesas que le hacemos, nos baña por medio del sacerdote su ministro en las aguas del sacramento bautismo, nos agrega á su Iglesia, nos promete la fe, la esperanza, la caridad, todas las virtudes; nos saca del poder de Satanás y nos ofrece los auxilios necesarios, para vencerle cuantas veces nos acometa despues; en una palabra, nos ofrece, nos promete con las mayores seguridades la gracia, la vida eterna, la corona de la gloria, el reino de los cielos.

La consideracion de estas verdades ha suscitado sin duda esa equivocada persuasion, ese error funestísimo de que todos los cristianos se salvan. Hay muchos por desgracia que, temerariamente confiados en la misericordia, en la bondad infinita de Dios, suponen como cosa indudable, que basta ser cristianos para conseguir la gloria: asientan que la fe es bastante para salvarnos. Ah! no se expresa de este modo el Salvador en el presente Evangelio. Aterra ciertamente oír que, aunque los judíos creían en él, él no creía en ellos, porque veía el interior de su corazón, y conocía que á pesar de su creencia no estaban dispuestos á conformar sus costumbres con lo que esta creencia les enseñaba. Voy pues á demostraros, que de nada nos sirve ser cristianos en la creencia, si no lo somos en las obras; que el Señor no está obligado á darnos la gloria que nos ofreció en el bautismo, ni de modo alguno nos la dará, si á pesar de haber recibido aquel sacramento, no le cumplimos nuestras promesas; que no seremos felices, si nosotros no ponemos los medios.

Ya veis que el asunto no cede en interes á los que os he propuesto en otras ocasiones: ayudádme pues á implorar la gracia divina, para que os aprovechéis de mis palabras por la intercesion de María santísima, rezándole para ello la oracion del *Ave Maria*.

Es una desgracia en extremo lamentable que cada uno de los cristianos se persuada á que las mas fuertes amenazas del Evangelio y las declamaciones mas vehementes de los predicadores no se dirigen á ellos sino á los otros, y que tienen asegurada la corona inmortal de la gloria, solo con llevar el nombre de cristianos, sin atender á que es preciso ademas ser fieles á las promesas que se han jurado á Dios en el bautismo. La razon de esto es, porque somos como el fariseo del Evangelio; porque no somos asesinos, ladrones ni adúlteros; porque no entramos en el número de aquellos hombres corrompidos, cuyas costumbres horrorizan al comun de los cristianos; porque asistimos con reverencia al santo sacrificio del altar, rezamos el rosario la mayor parte de los dias, nos confesamos una ó dos veces al año, hacemos varias veces los actos de fe, esperanza, caridad y contricion, y nos arrodillamos alguna vez durante el dia delan-

te de Jesucristo. Pero si todo esto es bastante para ser buen cristiano, pocos habrá que no lo sean; y yo veo á pesar mio que esto no es cierto. En el arca de Noé hubo muchos mas irracionales que hombres; en la primera escuela de Jesucristo se cuentan mas desertores que discípulos fieles; en la Iglesia es mucho mayor el número de réprobos que de predestinados: todo esto da á entender que nuestro amor propio nos engaña, cuando nos persuade á que todos, ó la mayor parte somos buenos cristianos. Y es indudable que si deponiendo toda preocupacion, consideráramos este asunto de buena fe, llegaríamos á convencernos de la suma dificultad que hay en el dia de encontrar un hombre que pueda decirse con propiedad buen cristiano; esto es, un cristiano fiel á sus promesas, un cristiano que llene exactamente sus deberes, un cristiano que cumpla las obligaciones que le prescribe el Evangelio, un cristiano que lleve siempre sobre sí la mortificacion de Jesucristo, segun exige de nosotros el Apóstol en la segunda carta que escribió á los de Corinto (1); un cristiano, cuya vida sea una imitacion perfecta de la del mismo Dios, segun nos manda en términos expresos el mismo Apóstol en la carta á los de Éfeso (2); un cristiano que siga las huellas de su maestro sin separarse en lo mas mínimo; que ame de veras no solo á los que á él le aman, sino tambien á todos sus enemigos; que aborrezca cuanto el mundo ama, y ame cuanto el mundo aborrece, que es segun el evangelista san Juan (3) un precepto, no nuevo, sino tan antiguo como el cristianismo; un cristiano que aborrezca á sus padres, á su consorte, á sus hijos y á su misma vida; que ponga la cruz sobre sus hombros y se desprenda gustoso de todos sus intereses, para seguir á Jesucristo, segun lo encarga el Salvador (4), asegurando que el que así no lo hace, no es su discípulo, no es cristiano; un cristiano en una palabra, que sea santo; porque creédme, pues os hablo con ingenuidad, todos los cristianos en virtud de nuestra profesion estamos obligados á ser santos.

Pero no desmayéis por eso, hermanos míos, porque para ser santo no es preciso hacer milagros, ni ocultarse en una cueva como los anacoretas, ni ayunar todos los dias con el rigor que

(1) II. Cor. c. 4. v. 10. (2) Ephes. c. 5. v. 1. (3) Joann. c. 12. v. 25.

(4) Math. c. 10. v. 38.

se ayunaba en los primitivos tiempos de la Iglesia, ni llevar siempre rodeado el cuerpo de ásperos cilicios, ni emplear los días y las noches en una continua vigilia y meditación. Todo esto es bueno, excelente, mas no necesario: para ser santo, ó lo que es lo mismo, para ser buen cristiano, basta tener á Dios siempre presente y dirigir á su servicio todas las acciones de nuestra vida; recibir con resignacion las aflicciones que tenga á bien enviarnos; no abusar de los beneficios que nos dispensa; no colocar nuestra confianza en los bienes caducos de este mundo ni procurarlos con demasiado ahinco; apartarnos sobre todo de los peligros y ocasiones de ofenderle, aunque sea á costa de los mayores sacrificios, privando á nuestros sentidos de la presencia de aquellos objetos que pueden excitarlos al pecado, sin que nos excuse el que sean necesarios, ó que de su pérdida se siga la de nuestra hacienda, la de nuestra honra, y aún la de nuestra vida; declarando una guerra continua á los enemigos de nuestra alma, privándonos siempre de los placeres ilícitos, y algunas veces hasta de los que nos son permitidos; ejercitándonos en aquellas virtudes que son contrarias á nuestras pasiones mas dominantes, como en actos de paciencia, si somos coléricos ó iracundos, en actos de humildad, si somos soberbios, en actos de misericordia, si somos avaros, en actos de mortificacion y penitencia, castigando el cuerpo, esclavizándolo, como decia san Pablo (1), si somos acometidos con frecuencia de tentaciones torpes.

Hé aquí lo que se necesita para ser buen cristiano: esto solo basta para ser santo; tan solo esto se nos exige, para que el Señor que penetra el interior de nuestros corazones, se dé por satisfecho de nuestras obras; mas por desgracia nuestra á todos nos parece bien ser amados de Dios; todos deseáramos disfrutar su divina gracia en esta vida y su compañía en la otra, pero quisiéramos conseguirlo sin trabajo alguno por nuestra parte; y esto principalmente porque deslumbrados con el brillo aparente de los bienes de la tierra, quisiéramos gozarlos sin restriccion, y al efecto nos valemos de mil excusas ó pretextos frívolos para disculpar nuestra conducta. El rencoroso y vengativo dicen: es necesario tomar satisfaccion de las injurias que nos hace nuestro prójimo, porque si ahora se le disimula, se hará cada

(1) I. Cor. c. 9. v. 27.

vez mas osado y sus insultos serán mayores en lo sucesivo. No es decir por eso que yo le deseo mal alguno: sin embargo es tan grave la injuria que me ha irrogado, que no es fácil separarla de mi memoria, y su presencia excita en mí una indignacion que no puedo resistir fácilmente. Los padres y los amos, no acordándose que á todos nos hizo iguales la naturaleza, considerando como esclavos á sus criados é hijos, los ultrajan con palabras injuriosas, forman de ellos sospechas, tanto mas ofensivas cuanto mas infundadas, se dejan arrebatar de la cólera al menor descuido que les advierten, sin recordar que todos estamos expuestos á incurrir en defectos, hijos de la ignorancia ó de la debilidad. El orgulloso juzga que todo se le debe de justicia: así es que al menor insulto que cree recibir, se indigna, llena de dicerios al que le faltó, tal vez sin pensarlo, á las debidas atenciones, habla con desprecio de todos los demas, no puede soportar que le encarezcan las buenas cualidades que adornan á otro, y forma todo su placer en rebajar el mérito, descubrir las faltas y desacreditar á los que supone ser sus émulos. La mujer amiga de engalanarse se esmera lo posible en distinguirse de las demas de su clase, pretextando que es una ley del mundo seguir la moda, que es un orgullo noble conservarse cada uno en su posicion sin consentir ser pospuesto á los demas. Y no advierte, que así llama por necesidad la atencion de los hombres; ignora ó afecta ignorar que el Espíritu santo asegura (1) ser los adornos y atavíos de las mujeres unos lazos, con que el demonio aprisiona las almas de los que incautos las miran; que cuanto mas se compongan, con tanta mayor seguridad perjudican y destruyen la vida espiritual de los mismos á quienes procuran agradar. En vano responderán, que no es esa su intencion, que jamas han pensado ocasionar semejante desgracia; que si supieran seguirse tan fatales resultados de sus adornos, los detestarian, arrojarían de sí al punto todas sus galas. En vano digo se expresarian de este modo, porque tales expresiones son fingidas, dictadas por el orgullo.

Lo cierto es que semejante conducta ocasiona unos perjuicios gravísimos, irreparables muchas veces, y esto sin otra razon que por seguir las máximas del mundo. Bien persuadido está el vengativo de que solo á Dios, como Señor supremo del universo,

(1) Prov. c. 7. v. 10.

pertenece tomar satisfaccion de las injurias, y no al cristiano, quien está por el contrario en la estrecha obligacion de amar íntima y verdaderamente á todos sus enemigos. No puede dudar el superior que sus súbditos, á cualquiera clase que pertenezcan, son hombres como él, hijos del mismo Dios, miembros de la misma Iglesia, destinados al mismo fin, que es la bienaventuranza; sabe que por ningun título le es permitido despreciarlos, y mucho ménos ultrajarlos de palabra ó de obra; que el cristiano debe sufrir en paciencia las debilidades de sus prójimos, y que una de las principales obligaciones de un padre de familias y de todo superior es dar buenos ejemplos á los que están bajo su dependencia. Sabe muy bien el soberbio cuánto se humilló Jesucristo por nosotros, y cuán expresamente nos manda aprender de su conducta la verdadera humildad y mansedumbre, asegurándonos que los que practiquen estas excelentes virtudes, serán ensalzados, y abatidos los soberbios. Aleguen pues cuantas excusas les dicte su pasion; el carácter insufrible de las personas con quienes tratan, las travesuras y genio díscolo de los hijos, el excesivo descuido y la insubordinacion de los criados, su propension natural á irritarse... todos son pretextos frívolos, excusas inoportunas, cumplimientos de mundo. El avaro desearia reunir en sus arcas los tesoros de la tierra, y con tal que en sus tratos no haya una injusticia, tan evidente que por ningun título pueda cohonestarse, por todo atropella, nada le detiene. Procura hacer sus compras, cuando la urgente necesidad del vendedor le ponga en el compromiso de darle la alhaja en la mitad ó ménos de su justo precio; pero sus ventas han de hacerse de modo que le reporten una utilidad tres ó cuatro veces mayor de lo justo, ocultando con este fin los defectos y ponderando, cuanto es posible y con excesivos aumentos, las buenas cualidades de su género, engañando en una palabra al comprador. Lo mas sensible es que si se les hace presente la injusticia de semejante conducta, responden muy satisfechos: yo á nadie obligo á que venda ni compre; ellos vienen voluntariamente á rogarme y aún á suplicarme con instancias; tienen toda la libertad que es de desear en contratos de esta especie: fuera de esto, cada uno se vale de sus arbitrios para proporcionarse el mas pronto y útil despacho, sin que esto sea perjudicar á nadie. Estos tales afectan ignorar que todas las cosas tienen su justo precio, y que lo que exceda de

él en las ventas, ó lo que falte en las compras, es un verdadero hurto, un latrocinio inexcusable, y hay una estricta obligacion de restituirlo, sin que de ella puedan eximir cualesquiera circunstancias que acompañaran al contrato. Pero no es esto solo; si dan prestado alguna cosa, exigen siempre un interes exorbitante, paliando esta usura con condiciones, justas al parecer, pero en extremo onerosas y perjudiciales al que recibe el empréstito. Su único y exclusivo objeto es el aumento de la hacienda; todos sus cuidados, su mismo corazon se fijan en esa idea, sin acordarse que Jesucristo asegura que es absolutamente imposible servir á un mismo tiempo á Dios y á las riquezas; que la vida se ha de acabar y dejar con ella en la tierra esos bienes, que forman ahora toda su felicidad, pero que Dios ha de durar para siempre; que el cristiano ha jurado con la mayor solemnidad dar su corazon entero á su Criador y emplearse exclusivamente en su santo servicio. Lo mas lamentable es que se inspira á los hijos con la educacion esta sed de riquezas, este afan por los bienes terrenos. Apénas se hallan en disposicion de dirigirse por sí solos, se les dedica á aquellas ocupaciones que pueden traer algun interes; se les enseña lo que se cree conducente á verificar útilmente un contrato, es decir, á engañar á sus semejantes; pero se descuidan completamente las obligaciones que han contraído en el bautismo, no se les instruye en la ciencia de la Religion, no se les dispone para que sirvan á Dios en el estado á que se les destina, aún ántes de tener uso de razon. En este no intervienen sino miras temporales: poco importa que la mujer que se les busca para compañera, esté adornada de buenas ó malas cualidades, que haya recibido una educacion conforme á las máximas santas del Evangelio, ó enteramente descuidada y sin principios de moralidad; poco, digo, importa todo esto, con tal que sea de un despejo regular, que esté instruída en aquellas habilidades que pueden proporcionarles recursos para el sostenimiento de la familia, que lleve un dote considerable, que... en una palabra, se vive para el mundo, se trabaja para el mundo, se pone toda la confianza en los bienes del mundo, se crian los hijos para el mundo, sin tener presente á Dios para nada; y á pesar de eso los cristianos viven tranquilos, en nada los reprende su conciencia, nada atribuyen á pecado, suponen que por ese camino van en

direccion al reino de los cielos y que este se les debe de justicia por sus méritos.

Aquellos de quienes dice san Pablo (1), que tienen por Dios á su vientre, están en la persuasion de que les es permitido comer todo aquello que pueda resistir su estómago: ni tienen por pecado la excesiva cantidad, ni la suma delicadeza, ni el desarreglo que generalmente se advierte en el modo y tiempo, aunque de aquí se sigan las mas funestas consecuencias, que ni aún me atrevo á pronunciar en esta cátedra sagrada.

Los jóvenes, como si fueran ángeles ó no tuvieran cuerpo, están á todas horas con las doncellas de su estado, en el baile, en las diversiones, en las concurrencias, aunque todo esto se verifique en la oscuridad de la noche; no escrupulizan tomarse las manos y hablarse familiarmente, por no decir algo mas; y á pesar de eso, si los oímos á ellos, no sienten el menor impulso de la lujuria, ni aún experimentan la mas leve tentacion. Necios! solo por un milagro contra todo el órden de la divina Providencia podria verificarse esto. San Benito, no teniendo ya mas que el esqueleto en fuerza de mortificaciones y austeridades, se halló constituido en el mayor apuro, solo por haber mirado á una mujer; y el Espíritu santo asegura, que es tan imposible seguir una relacion con las personas de distinto sexo sin pecar, como poner en medio del fuego un poco de estopa bien seco sin que arda luego: y vosotros sin privacion alguna, excediéndoo á cada paso en la comida y la bebida, oyendo á todas horas conversaciones lascivas, tomando vosotros parte en ellas, hallándoos juntos hombres y mujeres muchas veces sin testigos, sin luz, sin obstáculo de ninguna especie; no halláis materia de que confesaros, no veis en esta conducta otra cosa que diversiones inocentes, entretenimientos propios de la edad. Los padres de familia, y principalmente las madres, suponiendo ser necesarias estas reuniones para la mas pronta y ventajosa colocacion de sus hijos, y acaso, acaso olvidadas de lo que ha pasado por ellas, léjos de impedir las, las promueven, las proporcionan, las facilitan, y llega su insensatez al extremo de engañar la vigilancia de algun padre celoso que trata de poner remedio á semejantes desórdenes; ocultando los peligros, fin-

(1) *Phil. c. 3. v. 19.*

giendo mil embustes y fomentando de este modo la deshonra de su casa, la pérdida de su familia, la condenacion de sus almas. Los casados no se retraen de explicarse en los términos mas indecentes hallándose á solas; solo lo evitan cuando hay niños delante: como si el que prohíbe las acciones torpes, no prohibiera igualmente las palabras obscenas; como si no supieran que estas son una saeta penetrante que, segun el Eclesiástico (1), atraviesa el corazon. Neciamente persuadidos á que nada se prohíbe en el estado del matrimonio, se entregan sin remordimiento á los mas brutales desórdenes. Ah! tenéd entendido que si del deleite no puede seguirse el fin para que fué instituido el matrimonio, cometéis un pecado mortal y de los mas graves. Ni la materia, ni el tiempo permiten explicarme con mas claridad.

De lo dicho hasta aquí se infiere, que si se examina con esmero la vida de los cristianos, se hallarán muy pocos, serán muy raros los que cumplan las promesas que juraron á Dios en el bautismo; son muchos los que aman al mundo con sus vanidades, ó á la carne con sus deleites, ó al demonio con sus obras; serán muy pocos los santos ó buenos cristianos, porque muy satisfechos con su fe, descuidan las obras, sin acordarse que el apóstol Santiago dice (2), que la fe sin las obras es muerta, que es inútil, que es lo mismo que un cuerpo sin alma. Olvidan igualmente que Jesucristo asegura por san Mateo (3), que no todos los que tienen fe, ni los que invocan el nombre de Dios, se salvarán, sino los que hagan su voluntad santísima: no reparan que Jesucristo no creía en los judíos á pesar de su fe, porque conocia perfectamente que esta se fundaba solo en los prodigios que habian presenciado, y que no era por tanto verdadera. Ignorantes! dejáis las obras buenas para los santos, como si vosotros no fuerais miembros de una Religion santa; como si no estuviéramos todos obligados á ser santos como nuestro divino Redentor. El mas morigerado se contenta con no cometer aquellas culpas enormes que le horrorizan en los otros, sin atender á dar á Dios el fruto de las buenas obras. Pero, ay! cuán terrible es el desengaño que nos da el profeta Ezequiel, cuando dice que la cepa que no lleva fruto, no sirve mas que para el fuego! Y san Mateo exclama casi en los mis-

(1) *Eccli. c. 37. v. 21.* (2) *Jacob. c. 2. v. 26.* (3) *Matth. c. 7. v. 21.*
TOM. II. C.

mos términos, que todo árbol que no lleve fruto se cortará y arrojará á las llamas! Desgraciados de nosotros! no tenemos otro recurso que renovar las promesas; de lo contrario perecemos sin remedio, porque la escritura que entónces hizo Dios con nosotros, ya está rota, ya no nos da derecho alguno á la gloria ni á la gracia.

Ó buen Jesus! salvádnos; mirád que nos hallamos en peligro de perecer. No os pido ahora venganza para el pecador, no os excito á enviar los rayos de vuestra justicia; reclamo mas bien la bendicion de vuestra misericordia, esa prueba grande, la mayor que podéis dar á los cristianos de la ternura con que los amáis. Bien presente tenéis nuestra miseria: ni ¿qué pueden hacer sino pecar y ofenderos, unas criaturas débiles, concebidas en pecado, cercadas á pesar suyo de pasiones, acometidas por todos lados de crueles enemigos? Más pudiéramos, es verdad; vuestra gracia nos facilita el medio de vencer todos los obstáculos que nos impiden serviros y amaros de corazon; pero si no lo hicimos, qué interes tenéis en perdernos? qué gusto en condenarnos? Ó Dios de bondad! ó dulcísimo Jesus de mi vida! conozca todo el mundo el exceso de vuestro amor; resalte en todas partes la infinidad de vuestra misericordia. Cuanto somos mas indignos del perdon, tanto se conoce mas vuestra liberalidad concediéndolo. Nosotros reconocemos nuestra ingratitud, pero prometemos la enmienda verdadera de nuestra vida. Renunciamos á Satanás, sus obras, sus pompas y vanidades, y os juramos un amor inalterable, una amistad verdadera, una alianza eterna. Seamos vuestros amigos, y conjúrese todo el mundo contra nosotros; seamos vuestros amigos, y lluevan sobre nosotros todos los males posibles; seamos vuestros amigos, sea creída la sinceridad de nuestra fe, que vos solo seréis el premio de nuestra amistad. Amen.

DISCURSO.

EL CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECÍAS

PRUEBA LA DIVINIDAD DEL SALVADOR.

PARA EL LÚNES DESPUES DE LA CUARTA DOMINICA
DE CUARESMA.

(DE TRONCOSO.)

Quod signum ostendis nobis, quia hæc facis? respondit Jesus et dixit eis: Solvite templum hoc, et in tribus diebus excitabo illud.

¿Qué señal nos das (dijeron á Jesus los judíos) de tu autoridad para hacer estas cosas? Respondióles Jesus: Destruid este templo, y yo en tres dias lo reedificaré.

S. Juan, c. 2. v. 18 y 19.

Las acciones todas del Salvador sobre la tierra parece no tenían otro fin que el de ilustrar á los hombres acerca de la mision, que de su eterno Padre habia recibido. Al efecto, y para despertar al pueblo judío del mortal letargo en que la incredulidad le tenia sumergido, no solamente obra en su presencia portentos y maravillas que anuncian su divinidad, sino que tambien, revistiéndose á veces de aquel carácter de autoridad suprema que como á Dios le pertenecia sobre los hombres, hace delante de ellos cosas que, sin reconocerle por tal, parece no podian explicarse. Tal es sin duda el celo que Jesus manifestó, segun el presente Evangelio, cuando subiendo á Jerusalem y encontrando en el templo gentes que vendian bueyes, ovejas y palomas, y cambiantes que estaban sentados en sus mesas, habiendo formado de cuerdas como un azote, los echó á todos del templo juntamente con las ovejas y bueyes, dicen-